



**Julio Boltvinik**\_ Con licenciatura y dos maestrías en Economía, es doctor en Ciencias Sociales por el CIESAS-Occidente, y se concibe como *pobretólogo*. Ha dedicado más de treinta años a estudiar y a combatir la pobreza. En su bibliografía destacan los siguientes títulos: *Índice de progreso social* (coautores: Amartya Sen y Meghnad Desai), PNUD 1992, reeditado por el CIICH, UNAM, 1998; *Pobreza y estratificación social en México* (INEGI, 1995); *Pobreza y distribución del ingreso en México* (coautor: Enrique Hernández Laos), Siglo XXI, 1999; *La pobreza en México y el mundo*. (Siglo XXI, 2004, co-coordinadora: Araceli Damián), y *Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano* (CIESAS-COLMEX-CIECAS-Siglo XXI, en prensa). Desde 1992 es profesor-investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, y miembro del SNI desde 1993 (actualmente nivel III). Entre 1988 y 1991 fue Coordinador Técnico/ Director del Proyecto Regional para la Superación de la Pobreza en América Latina, del PNUD. Desde 1995 escribe en *La Jornada* la columna semanal "Economía Moral". Del 2003 al 2006 fue Diputado Federal por el PRD. Recibió el Premio Nacional de Periodismo Ciudadanizado (2001) y el premio a la mejor tesis doctoral en antropología social (INAH, 2006).

## Reflexiones sobre conceptos y mediciones de pobreza\_ La necesidad de ampliar la mirada

La investigación sobre pobreza. Las tres escuelas dominantes tienen una mirada estrecha

**E**l tema, dominado por los economistas de la "corriente principal" (neoclásicos o "estándar"), se encuentra en una *situación lamentable*. Como parte de su tradicional concepto de bienestar (*welfare*) o *utilidad* (reacción subjetiva, de felicidad, placer o similares, al consumo de bienes y servicios), estos economistas conciben la utilidad como el elemento constitutivo del eje de nivel de vida y sostienen que el punto de corte debajo del cual se presenta la pobreza debe establecerse justamente en términos de utilidad. Sin embargo, *ésta es una simulación*. Como la utilidad no es observable, de lo que en realidad están hablando es la escala del ingreso ajustada por persona o por adulto equivalente (para tomar en cuenta que los requerimientos individuales, por ejemplo de alimentos, cambian con la edad, el peso, y otras características personales). Su definición real de pobreza, que no es en términos de "utilidad", sino de ingreso ajustado, es una tautología en la cual la pobreza es tanto medio como propósito: "la carencia de *ingresos* para alcanzar *un ingreso* de referencia (ajustado por adulto equivalente)".

Por ello, las certeras críticas de Amartya Sen y de John Rawls a las distintas versiones del utilitarismo, no hacen mella en la manera en que estos economistas proceden. No hay manera, en la escala de ingresos (sin recurrir a otros conceptos como necesidades), de identificar un punto de corte con algún significado humano, por

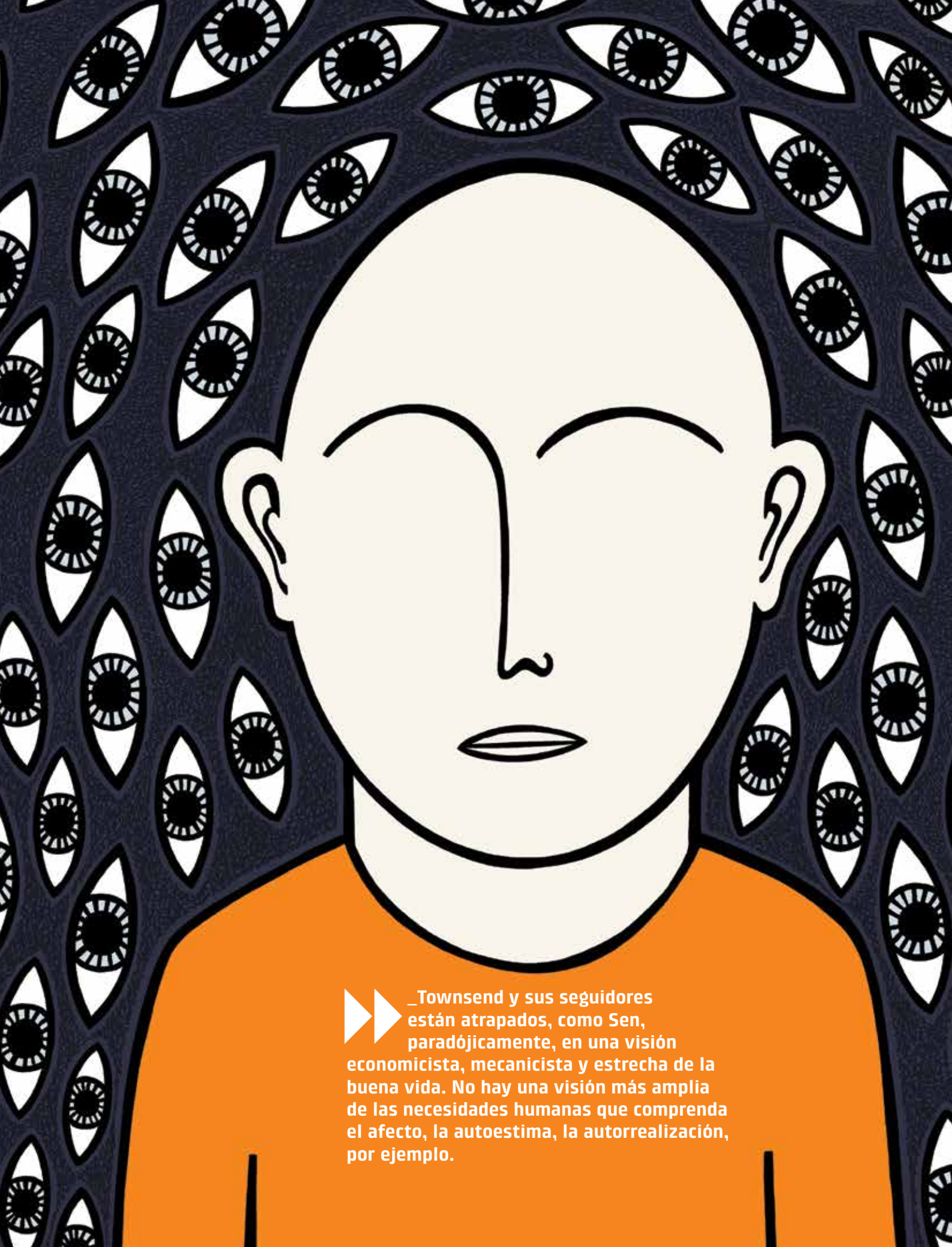
lo cual la arbitrariedad de la que hacen gala estos economistas al fijar el umbral o línea de pobreza, refleja su pobreza conceptual.

Por lo anterior y porque los economistas "estándar" se sienten muy incómodos manejando un concepto como la pobreza, que es un "concepto ético grueso" que incluso en su uso descriptivo requieren de la evaluación (*véase siguiente sección*), estos economistas buscan deshacerse del problema de definir el umbral (línea) de pobreza de diversas maneras. Una es sostener que esta fijación es irrelevante; que lo que hay que hacer es usar varios umbrales, de tal manera que si la pobreza disminuye con todos ellos entre dos años, la afirmación de que la pobreza bajó será muy "robusta".

Otra manera de deshacerse de la papa caliente de fijar el umbral es manipulando los umbrales fijados por otros, como suele hacer el Banco Mundial (BM). Otra más, dominante en Europa, es fijar los umbrales como una proporción (arbitraria) de la media (o mediana) del ingreso observado.

La actitud *fungida* (que no importa el nivel del umbral) busca eludir los ataques a los bajísimos umbrales que fijan con el propósito de minimizar la realidad de la pobreza.

A pesar de que en una parte de la bibliografía económica estándar incluye planteamientos (como los de Gary Becker) que comprenden que el hogar es también un ámbito de producción (y no sólo de consumo), y que, por tanto, los bienes comprados



\_Townsend y sus seguidores están atrapados, como Sen, paradójicamente, en una visión economicista, mecanicista y estrecha de la buena vida. No hay una visión más amplia de las necesidades humanas que comprenda el afecto, la autoestima, la autorrealización, por ejemplo.

en el mercado no son los bienes de consumo final (la comida comprada debe cocinarse) y que, por tanto, el ingreso corriente de los hogares (tal como se define en cuentas nacionales) no es el único determinante del nivel de “utilidad”, en los estudios de pobreza no se han incorporado (salvo raras excepciones) los recursos tiempo (para ir de compras y cocinar) y habilidades (las asociadas).

Por tanto, estos economistas no se percatan que los recursos del hogar están siempre en competencia para asignarse entre usos “materiales e inmateriales”. Que el tiempo, recurso escaso si hay alguno, puede destinarse a generar más ingresos o a atender a los menores (satisfacer sus necesidades de afecto). Que, por tanto, la necesidad de afecto es también parte de la perspectiva económica.

Pero el panorama del estudio de la pobreza no mejora mucho si uno sale del estrecho campo de los “economistas estándar”.

Ahí se encuentran las corrientes que se originan en la sociología y que de Peter Townsend nos llevan a J. Mack y P. Lansley, a Nolan y Whelan, a Gordon y coautores, entre otros.

Esta corriente, importante en el Reino Unido, que parecía ampliar la mirada, ha terminado, en dos ocasiones, estrechándola. En primer lugar, cuando el propio Townsend, en su obra magna (*Poverty in the United Kingdom*, Penguin Books, 1979), en su afán por encontrar *la línea de pobreza objetiva*, convirtió sus amplios indicadores de privación (más de 60) en medios para revelar *la línea de pobreza objetiva* (expresada sólo en términos de ingresos).

La segunda, cuando Nolan y Whelan, seguidos por los demás autores del enfoque que se ha llamado los “pobres de verdad”, redujeron la aparente amplitud de su enfoque a la búsqueda de la coincidencia entre las carencias observadas y los ingresos bajos.

Así, esta corriente terminó hermanada con los economistas de la corriente principal en el postulado que los ingresos corrientes son la única fuente de bienestar (recurso) de los hogares. Esta corriente se divide en dos en cuanto a la forma de definir el umbral de ingresos; la mayoría opta por el camino del umbral como una proporción (una o varias, que se eligen arbitrariamente) de la media o la mediana del ingreso de los hogares, mientras Townsend y Gordon han seguido insistiendo en la posibilidad de identificar la línea de pobreza objetiva.

En el primer caso se elude el juicio de valor

(y con ello se ignora el carácter de concepto ético grueso de la pobreza) o la sistematización de las prescripciones existentes, como dice Sen.

En el segundo caso, *la objetividad pretendida es una ilusión*, y refleja el impulso por evitar los juicios de valor.

Townsend y sus seguidores están atrapados, como Sen, paradójicamente, en una visión economicista, mecanicista y estrecha de la buena vida. No hay una visión más amplia de las necesidades humanas que comprenda el afecto, la autoestima, la autorrealización, por ejemplo. Tampoco hay una visión más amplia de los satisfactores que incluya, además de los objetos (bienes y servicios), las relaciones y las actividades en sentido amplio (mucho más allá de las actividades de consumo), incluyendo las que conducen a la autorrealización.

Sen se ha constituido en el líder de un tercer camino: el enfoque de las *capabilities* (EC) que muchos ven como un enfoque muy amplio que se ubicaría en el eje conceptual de florecimiento humano. Sin embargo, Sen está todo el tiempo en el eje del nivel de vida (eje que, a diferencia del de florecimiento, sólo incluye la perspectiva económica), y permanece atado al enfoque mecanicista de la teoría neoclásica, que concibe el bien-estar como resultado del consumo de bienes y servicios, cuyas características

permiten que el individuo alcance ciertos estados que sólo los individuos pueden definir como deseables, llamados *functionings*. Pero el verdadero elemento constitutivo del bien-estar para Sen es la libertad de elegir entre diversos *functionings*, a la que llama *conjunto de capabilities*.

El planteamiento de Sen está fundado en la idea de la diversidad humana. Si ésta no existiera, Sen no tendría objeción al enfoque de Rawls de los bienes primarios o a lo que Sen llama el enfoque de la opulencia (acceso a bienes). Salvo la corrección necesaria para tomar en cuenta esta diversidad, y salvo por el rechazo al planteamiento de la utilidad (subjetiva) como el elemento constitutivo, y su sustitución por los *functionings* que son de carácter objetivo, sostengo que el planteamiento de Sen sigue preso de la teoría económica neoclásica.

En contra del entendimiento usual de la postura de Sen, sostengo que no se refiere a las capacidades humanas entendidas como destrezas, habilidades para hacer o entender, *sino a las oportunidades económicas que están determinadas por los ingresos* de las personas; por eso evito traducir los términos *capabilities* y *functionings*.






Las auténticas capacidades humanas asoman su cabeza en la “lista de *capabilities* funcionales humanas centrales” de Martha Nussbaum, que es un planteamiento alternativo mucho más vigoroso que el de Sen, y que sí significa una ruptura con la “corriente principal de la economía”. Sen no quiere romper con esta corriente, ni aventurarse a emitir juicios de valor; ni siquiera los más elementales.

Todo esto hace que su EC sea sumamente estéril, como toda ciencia social que no se atreva a fundarse en juicios normativos básicos. Esto se refleja en las rupturas que sus seguidores (Nussbaum, Alkire, Desai) entre otros, han tenido que hacer.

Por otra parte, aunque existe una bibliografía muy amplia y muy rica sobre las necesidades humanas y sobre la esencia humana, está totalmente alejada de la anterior. Es decir, existe una escisión total en la bibliografía. Ninguno de los autores que mide la pobreza basa su concepción de ésta en una visión del florecimiento humano fundada en la esencia humana.

En mi tesis doctoral (*Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano*, disponible en [www.julioboltvinik.org](http://www.julioboltvinik.org)) intento superar esta escisión, integrando ambas bibliografías y desarrollando un enfoque integral que comprende tanto el eje de florecimiento humano como el de nivel de vida y que rompe con la dicotomía hechos-valores.

 **\_Si no valoramos la vida humana, y si no podemos lograr acuerdo en ese punto esencial de partida, no podemos discutir nada más sobre los seres humanos que sea importante.**

Pobreza, economía y ética. Dicotomía hechos/valores disuelta. Describir y valorar, interdependientes

Con frecuencia, los científicos sociales, dependientes en sus concepciones sobre su propio quehacer del modelo de ciencia de las ciencias naturales, sobre todo la física, e influidos por las visiones dominantes en la filosofía de la ciencia, *resisten la introducción de cualquier valor en el estudio de la sociedad y de los seres humanos*. En mi opinión, *la valoración de la vida humana es condición sine qua non de todo sentido al estudio y reflexión sobre los seres humanos*.

Si no valoramos la vida humana, y si no podemos lograr acuerdo en ese punto esencial de partida, no podemos discutir nada más sobre los seres humanos que sea importante.

En particular, no tiene sentido discutir sobre necesidades humanas, pobreza, nivel de vida, desarrollo. El punto de partida, el primer principio, es que la vida humana es valiosa, de lo cual se deriva que todo aquello que la impulsa es valioso y que lo que la limita o destruye no lo es.<sup>1</sup>

*La salud propicia la vida y la enfermedad la destruye*. Por tanto, hasta

donde lo permite el avance de los conocimientos, lo que beneficia la salud de los seres humanos es valioso. Una persona atacada corre o se defiende tratando de conservar su vida. *Instintivamente, la vida se defiende, busca conservarse*.

*Los hechos coinciden con el valor que hemos postulado como el requisito de toda discusión y todo diálogo sobre las ciencias sociales y la filosofía*.

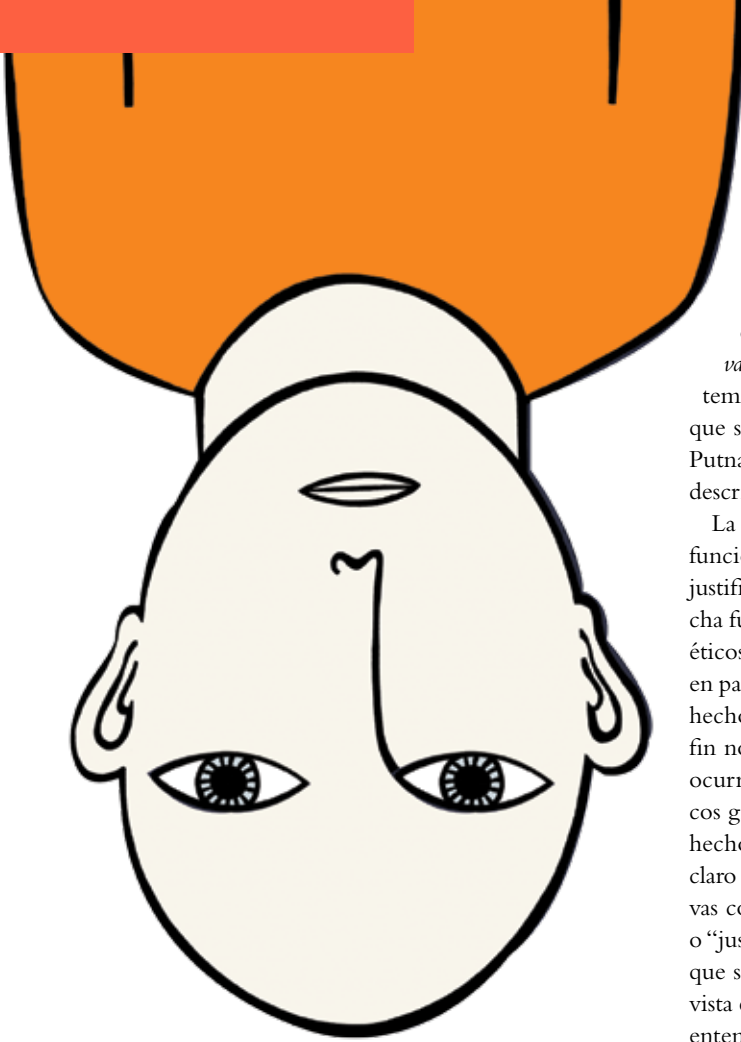
A mis alumnos, o en conferencias, suelo decir que cuando decimos que una familia es pobre, estamos haciendo una comparación entre la situación de esa familia y una norma. Que si decimos que es pobre es porque carece de algunos elementos que están contenidos en la norma. Por ejemplo, si su vivienda es de materiales precarios y piso de tierra y decimos que esa familia es pobre, es porque en la norma que nos sirve para comparar (que pueden ser las viviendas de los no pobres o un patrón ideal de vivienda) los materiales son sólidos y los pisos son de cemento o de mosaico o similar. La inevitabilidad de esa norma es lo que hace del estudio de la pobreza una mezcla entre lo normativo (los valores) y lo observado (los hechos). También sostengo que ante esta realidad hay dos reacciones usuales. Una es la adoptada por la mayoría de los economistas. Por ejemplo, Mollie Orshansky, quien definió el método oficial vigente de medición de la pobreza en Estados Unidos, escribió en 1969 que “la pobreza, como la belleza, está en el ojo de quien la percibe”. Ésta es también la postura del Banco Mundial. Por ejemplo, en un libro de los años noventa de esta institución sobre la pobreza y la distribución del ingreso en América Latina, se afirma: “cualquier punto de corte reflejará algún grado de arbitrariedad *debido a la manera subjetiva en que la pobreza se define*”. De acuerdo con estos puntos de vista, el concepto de pobreza sería un juicio de valor individual.

El otro punto de vista se puede ejemplificar con la postura de Amartya Sen en su libro *Poverty and Famines* que argumenta en contra de esta visión subjetiva de la pobreza, y considera que lo que los investigadores hacen es describir las *prescripciones sociales existentes (normas o estándares)*, implicando, por tanto, que estas prescripciones o normas tienen *una existencia social objetiva y pueden ser observadas y descritas por el científico social*.

En la filosofía de la ciencia hay una fuerte discusión sobre la supuesta dicotomía entre hechos y valores. Hilary Putnam, profesor emérito de filosofía en la Universidad de Harvard, publicó al inicio del siglo un libro<sup>2</sup> en el que explica que distinguir entre hechos y valores puede ser útil en algunas ocasiones, pero cuando la distinción se vuelve dicotomía se suele ver acompañada por un conjunto contencioso de enunciados metafísicos. En su forma actual, la dicotomía sostiene que hay dos tipos de juicios, los que tienen y los que no tienen sentido cognitivo (es decir, que pueden ser parte o no de un argumento racional).

Los juicios con sentido cognitivo se dividen en dos: las tautologías (donde incluyen la matemática) y las descripciones de hechos.

La idea que “los juicios de valor” son subjetivos y que *no puede haber argumento razonado sobre los valores* ha tenido una gran influencia, como la ha tenido la pregunta: “¿Es eso un hecho o un juicio de valor?”.



▶▶ **El punto de partida, el primer principio, es que la vida humana es valiosa, de lo cual se deriva que todo aquello que la impulsa es valioso y que lo que la limita o destruye no lo es.**

Los argumentos a favor de la dicotomía colapsaron cuando resultó claro lo totalmente inadecuada que es la visión del lenguaje que sostiene que ningún término puede ser *tanto* un hecho como estar cargado de valor, y cuando se hizo evidente que una parte muy importante de nuestro vocabulario descriptivo *está y debe estar embrollado* (es decir, formado por términos que expresan valores y hechos). Este tipo de términos los llama Putnam *términos éticos gruesos*. Ejemplos de ellos son “cruel”, “crimen”, “bravo”, “generoso”, “elegante” (y, como veremos, “pobreza”).

Cuando Putnam sostiene que la descripción factual y la valoración *deben* estar embrolladas, derrota las críticas frecuentes que descalifican un discurso científico *porque* incorpora valores. Trae a colación que para los filósofos pragmáticos, como Dewey, los valores y la normatividad *permean* toda experiencia. En la filosofía de la ciencia —sostiene Putnam— este punto de vista implica que *los juicios normativos son esenciales para la práctica misma de la ciencia*.

Por otro lado, Putnam refuta la idea de que la descripción correcta del mundo es lo mismo que objetividad. Esta asociación se debe a que se concibe objetividad como correspondencia con los objetos. Pero tanto *verdades normativas* (por ejemplo, el “asesinato está mal”), como verdades matemáticas y lógicas, son contraejemplos de esta concepción, ya que son ejemplos de objetividad sin objetos. Por tanto, concluye Putnam, es tiempo que dejemos de identificar objetividad con descripción.

La descripción no es la única función del lenguaje, ni la única función a la que se le pueden aplicar preguntas sobre si está o no justificada, si es o no es racional, una cierta manera de realizar dicha función. El embrollo de hechos y valores involucra los valores éticos, estéticos, y de cualquier otro tipo. El embrollo queda claro en palabras como “cruel”, que “ignora la supuesta dicotomía entre hechos y valores y alegremente permite ser usado a veces para un fin normativo y otras como un término descriptivo”. Lo mismo ocurre con la palabra “crimen”. Que este tipo de conceptos éticos gruesos constituyen contraejemplos de la dicotomía absoluta hechos/valores es algo conocido desde hace mucho. Putnam deja claro que lo que “es característico” tanto de descripciones negativas como “cruel” como de descripciones positivas como “bravo” o “justo” es que para usarlas con alguna discriminación, uno tiene que ser capaz de identificarse con imaginación con un punto de vista evaluativo. Por eso es que es siempre posible mejorar nuestro entendimiento de conceptos como “impertinencia” o “crueldad”. Es decir, que incluso en el uso descriptivo, estos conceptos dependen de la evaluación (pp. 39-40).

La dicotomía hechos/valores (de una manera violenta en la que la dimensión ética fue considerada como cuestión de tu sangre o la mía) penetró en la economía neoclásica después de 1932, con una pauperización consecuente de la capacidad de la economía del bienestar para *evaluar* su objeto: el bienestar económico.

Los economistas defensores de la dicotomía han invadido, paradójicamente, el campo de estudio de la pobreza, término ético grueso como ninguno, y lo han llenado de extrañas contradicciones. Como suponen que en materia de valores no puede haber nada racional, no han tomado en serio la definición del umbral de pobreza, tarea cargada de valores, facilitando así la tarea al BM y a otros minimalistas que buscan reducir la pobreza medida al mínimo posible.

Enemigos de los juicios de valor, se mueven de manera muy incómoda en el campo del estudio de la pobreza y lo han empobrecido de la misma manera en la cual Putnam describe que empobrecieron el de la economía del bienestar. • IBERO

**1** Cuándo comienza la *vida humana*, es otra cuestión, de tal manera que lo dicho en el texto no es un aval a los antiabortistas que creen (sin bases) que el embrión de unas horas o días ya es *vida humana*.

**2** Hillary Putnam, *The Collapse of the Fact Value Dichotomy and Other Essays*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2002. En lo que sigue tomo libremente de este libro, particularmente de las páginas 60-64.